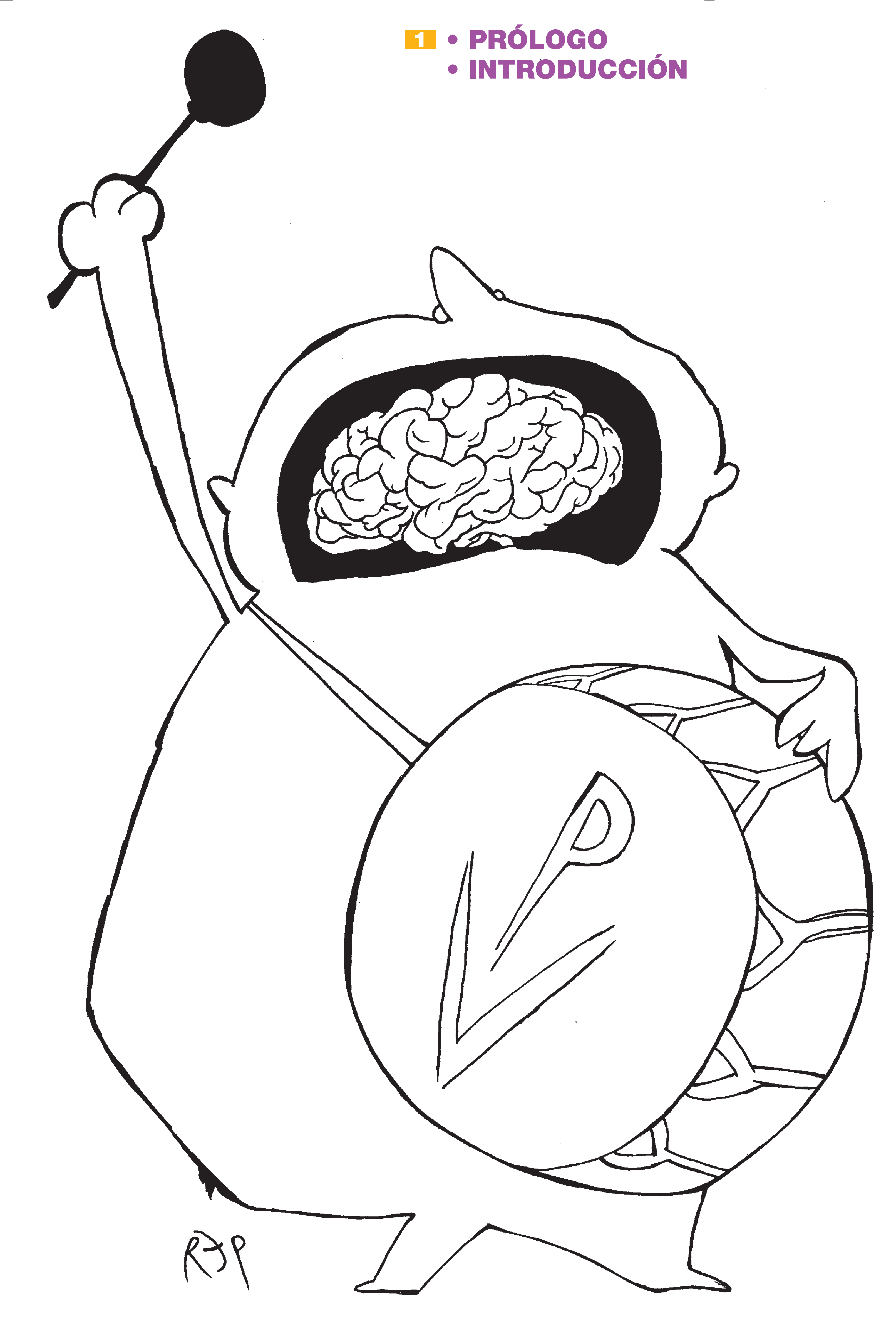
# Peronismo

José Pablo Feinmann

*Filosofía política de una obstinación argentina*

1 • PRÓLOGO
• INTRODUCCIÓN




Suplemento especial de
**Página/12**

## PRÓLOGO

Esto es un ensayo. Es un libro sobre el peronismo. No es la desgrabación de un curso. Ni estará escrito como si el autor le hablara al lector y hasta dialogara con él. Esa experiencia ya fue ensayada con el proyecto anterior encarado desde este diario, los días domingo, cuando la gente quiere "cosas livianas" para leer después del asado o al borde de la piscina (pileta) o antes o después de jugarse un partido de fútbol o uno de tenis o jugar al truco o a la escoba de quince o a cualquier otra cosa. Esto es un libro con pretensiones desmedidas: historiar e interpretar al peronismo. No podemos seguir sin hacerlo. El peronismo sigue y hay que seguirlo de cerca. O retroceder y tomarle distancia. Tratarlo con frialdad. Como a un objeto de estudio, arisco y feroz. Lleno de sonido y de furia. Diferente, esquivo, no único, pero sin duda específico. Priva en él más la diferencia que el paralelismo con otros partidos de otros países. No es el varguismo. Todavía no es el PRI. No es –aunque tanto se empeñan en que lo sea– el fascismo. Ni menos aún esa pestilencia alemana que entre alientos nietzscheanos, invocaciones a la "bestia rubia" y a las "aves de rapiña", a la pureza de la raza, a la biología de los héroes o a la respuesta creativa del Dasein comunitario a la técnica como caída (en Heidegger) se llamó nacionalsocialismo. Hay grandeza y profundas miserias en el peronismo. Hay demasiados muertos. Hay un plus de historicidad. Hay una historia desbocada. Hay líderes (sobre todo uno), hay mártires (sobre todo una), hay obsecuentes, alcahuetes, hay resistentes sindicales, escritores combativos, está Walsh, Ortega Peña, está Marechal, están Urondo y Gelman, están asesinos como Osinde y Brito Lima, fierreros sin retorno como el Pepe Firmenich, doble agente, traidor, jefe lejano del riesgo, del lugar de la batalla, jefe que manda a los suyos a la muerte y él se queda afuera entre uniformes patéticos y rangos militares copiados de los milicos del genocidio con los que por fin se identificó, hay pibes llenos de ideales, hay más de cien desaparecidos en el Nacional de Buenos Aires, está Haroldo Conti, muerto, Héctor Germán Oesterheld, muerto, Roberto Carri, muerto, y hasta Aramburu, muerto, está la opacidad de una historia de opacidades, de odios, venganzas, horrores, está la OAS, Henry Kissinger, el comisario Villar, formado en la Escuela de las Américas, cana puesto y avalado por Perón, el gran indescifrable, el Padre Eterno, el ajedrecista genial, el que volvería en el avión negro y volvió viejo y volvió malo, y le dio manija a López Rega, de cuya paranoia asesina no podía decirse inocente, porque nadie desconoce lo que tiene tan cerca, y si a eso que tan cerca tiene le da espacio y le deja las armas, y encima se muere y sabe que se muere y lo deja fuerte, consolidado, porque de cabo lo ascendió, en acto macabro y doloroso, a comisario general de la policía, y si a la mediocre y manipulable y matarife del cabarute la deja de vice, sabiendo, como sabía, que ella no era ella, que Daniel, el Brujo umbandista, la dominaba, le susurraba los discursos porque era él el que los había escrito, porque era él el que habría de ponerle las listas, el que habría de decirle hay que matar a éste, Chabela, y a éste y a todos los infiltrados marxistas de la juventud y a los combatientes de la guerrilla, hay que dar palo porque el quebracho es duro, y si esto, al Viejo general, le deteriora el prestigio, le erosiona el recuerdo, la memoria de los mejores años, de los años felices, del 53% por ciento del Producto Bruto Interno para los pobres, de las nacionalizaciones, del artículo 40, del Pulqui, del Estado generoso, del Bienestar estatal, del keynesianismo desbordante, de los sindicatos, de los abogados de los sindicatos, del Estatuto del Peón, de las vacaciones pagas, de la entrega de Evita hasta el aliento postrero, mala suerte, general, usted se lo buscó, vino y no tenía salud para venir, al ajedrez se juega de afuera, en política al menos, el Mago para ser Mago de la Historia, para ser Mito y Esperanza tiene que estar lejos, manejar los hilos desde la distancia, desde arriba, manejar las contradicciones sin ser una de ellas, pero si el Mito regresa el Mito se historiza, ya no maneja las contradicciones, él, ahora, es una más y tiene que tomar partido, y la historia se lo come, mito que regresa pierde porque ya no puede ser mito, el avión negro regresó y llegó entre el estruendo de las balas y los gritos de los muertos y los torturados y aterrizó en Morón, lejos del pueblo, en medio de los asesinos, de los franceses de la OAS, de Osinde, de Favio: el que nada vio, el que nada supo aunque estaba arriba, bien arriba en ese palco colmado de hienas y de buitres y vampiros, de los pretorianos que afilaban sus cuchillos para una de las noches más negras de la Argentina, que si no fue la más negra se debió a la que vino después, a la de los militares de la Seguridad Nacional, que encontraron el terreno fértil, las víctimas fáciles, los perejiles abandonados y sofocados por el miedo, y se dieron todos los gustos, pusieron a los Martínez de Hoz, a los Walter Klein, a los Juan Alemann, a los que exigieron a fondo la limpieza para aplicar el plan que tenían, el de las privatizaciones, el del Imperio, el de la Escuela de Chicago, el de Milton Friedman y el del ingeniero Alsogaray y ni por asomo el de Keynes, y el país fue una timba y se llenó de argentinos del deme dos, y la ESMA fue un infierno que nadie, ni en su peor pesadilla, pudo prever, y ahí torturaron, empalaron, violaron mujeres, torturaron niños frente a sus padres, quemaron vivos a pobres pibes que sólo habían alfabetizado en una villa miseria o que en un pizarrón indefenso enseñaron el vocabulario a niños ignorantes que siguieron así, ignorantes, porque sus púberes maestros se fueron de la noche a la mañana, se fueron para no volver jamás, y esos vuelos y esos sacerdotes que bendecían a los asesinos, y les decían hijo mío cumples con la Patria, Dios te absolverá porque tu tarea es purificadora, el Evangelio está contigo porque está con quienes hacen justicia aunque, a veces, la justicia, que es ciega, se parezca al horror porque tiene que ser impiadosa para el triunfo del bien, para el triunfo del Señor que te mira, te juzga y te perdona por medio de mi palabra, que es la Suya, sigue con esta tarea porque es la de la Patria y la del Dios cristiano, y la mayoría de los que morían eran peronistas jóvenes, inocentes todos, porque cualquiera que muera así, como un perro, es inocente, porque nadie, hombre o mujer, miliciano o perejil de superficie o sacerdote del Tercer Mundo o sindicalista o simple vecino del barrio al que se lo chuparon porque estaba en una libreta de direcciones o porque sí nomás y para meter miedo, merece morir de ese modo, como un perro, y ni siquiera un perro lo merece. ¡Qué centuriones tan despiadados se escondían en los pliegues de la patria! Quién lo hubiera dicho. Aquí, en la Atenas del Plata, encontrarlo a Trujillo multiplicado hasta el espanto.

¿Dónde quedó la Patria de los cincuenta? La que conquistó el corazón amargo de Discépolo. La que le dio alegría. La que le hizo olvidar la tristeza y los barrios pobres de los tangos y elegir los umbrales, porque en ellos estaban los novios, el portland porque por ahí caminaban felices los postergados de siempre, la abundancia, la comida y el chamamé de la buena digestión, la patria de los cincuenta quedó lejos, el peronismo se alejó del peronismo, y lo mató a Troxler a quien ni los centuriones de los basurales de José León Suárez supieron hacerlo, y lo mató a Atilio López con más de ochenta balazos, y a Silvio Frondizi y al Padre Mujica y a Rodolfo Ortega Peña, en una noche cruel, en una emboscada sórdida, tan sórdida e inesperada que Rodolfo, al caer moribundo, alcanzó a decirle a su compañera la frase del asombro, de la incredulidad, del final: "¿Qué pasa, flaca?"

Eso, qué pasa. Qué pasó. Qué pasará. Porque esta historia sigue. Y contarla es aceptar el desafío de lo cósmico. Lo inabarcable. Lo infinitamente contradictorio. Una totalidad que no deja de destotalizarse y retotalizarse. De ganar un sentido y perderlo y engendrar –de pronto, entre alucinaciones– diez, quince, treinta sentidos. No digo que el peronismo sea incomprensible. Sólo digo que comprenderlo "en totalidad" es una tarea gigantesca, desaforada.

Hacia ella vamos.

## INTRODUCCIÓN

Se trata de partir de un hecho primario, comprobable por todos, aceptado por muchos aunque no siempre por los mismos, rechazado por otros tantos o por otros menos y también no siempre por los mismos, con lo que tal vez podríamos acceder a nuestra primera aseveración en un tema que no se caracterizará por ellas, dado que las elude constantemente: el peronismo perdura pero quienes se encuadran bajo su rótulo o quienes se deciden a apoyarlo varían según las diversas coyunturas históricas. Podría verificarse un matiz importante: se han acercado al peronismo o han trabado excelentes relaciones con él personas o sectores políticos o económicos que escasamente se han arrogado tal condición. Tomemos dos "abrazos históricos". El dirigente radical Ricardo Balbín se abraza con Perón en 1972. Balbín fue un porfiado antiperonista a lo largo de su vida. Va a ver a Perón. Perón está en la residencia de Gaspar Campos. Al ser difícil el acceso, Balbín se encuentra ante la necesidad de "saltar" un muro. Lo hace. Luego se abraza con Perón. Tenemos dos acercamientos de Balbín a Perón: el "salto" del muro y el abrazo. Luego, muerto Perón, dice un discurso que él pretende sea "para la historia" y –aunque la historicidad de ese momento es de una densidad y un desbocamiento dramáticos, sofocantes– lo es. En el discurso Balbín dice: "Este viejo adversario hoy despide a un amigo". Si algo *no es* Balbín aquí es lo que fue toda su vida: un antiperonista. Pareciera jugar dentro del campo del peronismo. Sin duda, contribuye a su perdurabilidad, a su capacidad inagotable de *sumar*, que es parte sustancial de su *obstinación* en "la patria de los argentinos" como solía decir ese líder radical que no le hizo a la patria un solo mal aunque acaso no le haya hecho ningún bien remarcable. (*Nota:* Sin embargo, dos males serios le ocasionó a "la patria de los argentinos". Habló de "la guerrilla en las fábricas" poco antes del golpe del 24 de marzo de 1976. Y –cuando le dieron la cadena nacional de radiodifusión para que hiciera algo por frenar el golpe– acudiendo a ciertos aires de compadrito en que solía solazarse dijo "me piden soluciones" y contestó una burrada política fenomenal: "No las tengo". Los militares habrían de tomar esa frase como una confesión de la "dirigencia civil" y justificarían, con ella, la necesariedad de apoderarse del Estado. Ellos sí tenían respuestas. En otro de sus dramatizados discursos, también por televisión, se dirigió a los jóvenes de la guerrilla. Usó a uno solo como figura de todos. "Muchacho", le dijo, "contiene tu puñal. Y si yo no cumplo, entonces... clávamelo". Al día siguiente de la tragedia de Chile le preguntan qué opina: condena el golpe y lamenta que "el presidente Allende se haya suicidado". Le dicen que lo mataron. "No lo sé –dice–. Pero tenía un arma en las manos." Le preguntan qué habría hecho él en esa situación. Pone su mejor cara de "guapo del 900" y dice: "Ah, no: a mí no me hacen eso". "Eso" era el golpe de Pinochet. Regresa de un viaje y le preguntan por los desaparecidos: "Los desaparecidos están muertos", responde, dando por inútil la consigna central de las Madres de Plaza de Mayo: "Con vida los queremos". Le decían "Chino" porque –en sus mejores momentos– se parecía algo a Akira Kurosawa. Y "guitarrero" por su estilo oratorio.

Hoy, todo él, es pasado y olvido. Con todo, yo sería injusto si no dijera que –en 1973– lo habría preferido a él como vice de Perón en lugar de Isabel, con el Brujo atrás. Y que no era ni habría podido ser un carnicero como López Rega o Videla, aun cuando se haya equivocado gravemente un par de veces. En un país en que ha corrido tanta sangre, en un país tan colmado de asesinos corresponde decir esto de alguien si decirlo es la verdad.) El "otro" abrazo es más inesperado y fue impensable hasta el grado del delirio, la insensatez o la blasfemia. Sucedió en una época que contenía todos esos matices de la condición humana, añadiéndoles los de la falsedad, el robo, la befa, la farandulización de la existencia toda y el canallismo jocoso, circense: la "fiesta" menemista. Otra variedad de la "obstinación" peronista cuyo análisis requerirá espacio, tiempo y templanza, si es que deseamos apartar de nosotros el único modo de recordarlo: el de la ira, el de una insoslayable y fiera vehemencia. Trataremos de hacerlo. Buscamos tornar transparente hasta lo posible nuestro objeto de estudio. Será sensato advertir que parte de esa transparencia estará en las pasiones, en las broncas, en las heridas aún abiertas porque fueron hechas para sangrar sin perecer, de las que estamos hechos. Este ensayo se escribe buscando todos los rostros del objeto al que asedia, pero ese "objeto" (el peronismo) ha provocado, en todos nosotros, desilusiones, tristezas, derrotas, pérdidas sin reparo, muertes que no debieron ser, pavores sorprendentes, ilusiones luminosas, desengaños en los que aprendimos la resistencia de la realidad, la dureza de lo imposible. Una amiga no peronista, que se aferró a la esperanza-Alfonsín, me contó que el mayor dolor de su vida, su mayor tragedia, fue la pérdida de dos amigos que cobijó en su casa en algún mes del año 1976. Eran dos jóvenes peronistas, se los llevaron y no los vio más. Todavía, al hablar de ellos, al contar esa historia, los ojos se le humedecen, se pone pálida y hasta tiene miedo otra vez. Prometemos, sí, asediar a nuestro objeto y estudiarlo con rigor. Pero no lo haríamos si dejáramos de lado las ilusiones que ese "objeto de estudio" despertó en nosotros, las desesperanzas, los espantos, y la prolija, fría idea de la muerte y la tortura. Volvemos al "segundo" abrazo. Fue, dije, durante la "fiesta" menemista. Alianza entre el peronismo y el establishment agrícola-ganadero, el establishment empresarial y financiero y las corporaciones transnacionales. Carlos Menem, en algún ágape de esos años de jolgorio, se encuentra con el Almirante Rojas, el inventor de la línea Mayo-Caseros, el más puro símbolo del gorilismo nacional, el que ordenó, junto con Aramburu, los fusilamientos del '56 y las masacres de esa "operación" que narrará Rodolfo Walsh. El "Jefe" lo ve al Almirante y se le acerca con su sonrisa de plástico. El Almirante hace lo que siempre ha hecho: lo mejor para su clase social, la oligarquía, y el brazo vigoroso que la custodia, las Fuerzas Armadas. Se abraza con el peronista Menem. Ahí están, mírenlos: el masacrador del 16 de junio de 1955 y el caudillo del interior federal postergado, el caudillo riojano en que se encarna el otro, el que cantó Sarmiento, el feroz Facundo, el Tigre de los Llanos. Este Tigre –sin embargo– se ha olvidado de los Llanos. Se recortó las patillas. Se viste *alla* Versace. Gobierna para las clases altas, para el Fondo Monetario Internacional y hasta ha enviado un cascajo que flota a la Guerra del Golfo, una guerra de Estados Unidos pero que él hace suya dado que con el gigante del Norte quiere relaciones cercanas, a las que llama "carnales". Algunos dicen que no es peronista. Usan, para desautorizarlo, un concepto inesperado pero que hace historia: "menemismo". El "menemista" Menem no será peronista pero todo el peronismo lo respalda. Durante su Gobierno, Ubaldini, el sindicalista que vivía haciéndole huelgas a Alfonsín, pierde visibilidad; tanta, que casi se torna invisible. No: Menem *es* peronista. Y hace todo lo que no hizo Perón. O digámoslo con mayor propiedad: des-hace lo que hizo Perón. Qué cosa el peronismo, caramba. Cómo diablos será posible entenderlo. El que mejor desperonizó al país (una obsesión que compartieron durante años la oligarquía y la izquierda revolucionaria o académica) fue un peronista. Y no uno que vino de arriba, de algún planeta exótico para hacer la tarea. No: un peronista de verdad. Con historia, militancia y discurso peronista. Bastaba oírlo hablar y uno advertía que el tipo, al manual de *conducción política* de Perón se lo sabía de cabo a rabo. A comienzos de 2003, cuando se baja del ballottage para restarle a Kirchner los seguros y frondosos votos que cosecharía en una segunda vuelta, dice, por televisión y con el propósito de justificar su alejamiento, un discurso en que palabras como "arte de la conducción", "táctica", "estrategia", "información", "control de la situación" y hasta "economía de fuerzas" van de aquí para allá, incesantes. Había hecho los deberes del buen justicialista: conocer la doctrina. No los había hecho por casualidad. Carlos Menem, el político que desarmó sin prisa, sin pausa y sobre todo sin piedad el Estado de Bienestar que Perón había construido desde 1943 y que ni los militares de la Seguridad Nacional habían logrado llevar a cenizas, era un peronista de larga historia, un caudillo de la más federal de las provincias, la de Facundo Quiroga, la de Ángel Vicente Peñaloza, La Rioja. Nada de esto impidió su abrazo con Rojas. Era más fuerte aquello que lo tornaba posible: un nuevo rostro del peronismo, un peronismo neoliberal, construido al calor de la caída del Muro de Berlín, del triunfo global de la democracia neoliberal de mercado, de la hiperinflación alfonsinista, del golpe de mercado oligopólico y de una época que encarnó la "ética indolora" (el concepto es de Gilles Lipovetsky) de la posmodernidad. Hasta posmoderno fue el peronismo. Luego de ser, como había sido, el símbolo de los valores de la modernidad en la Argentina: Estado fuerte, política, enfrentamiento de clases, inclusión social de las clases postergadas, nacionalismo, primacía de la industria sobre los productos primarios. Ese abrazo Menem-Rojas disparó una frase de un peronista de también larga trayectoria, hombre que transitó de la JP en los setenta a la Renovación en el 84/85 y al menemismo en los noventa. La frase fue: "El abrazo Menem-Rojas equivale al abrazo Perón-Balbín". Le dije a otro peronista cómo era posible que Fulano dijera eso. Y me dijo: "Dejalo: dice eso y morfa un año entero". Esto, también, es un elemento teórico. Y hasta lo es en la elección de la palabra "morfar" en lugar de "comer". Un peronista morfa. Un oligarca come. Y esto, a los peronistas, los colma de

orgullo. (*Nota:* Que un oligarca"come" se puede observar en ese inmenso libro de chismes que se publicó recientemente bajo el nombre de Adolfo Bioy Casares. Parece que habitualmente Borges visitaba a Bioy para "comer" en su casa. Ahí –con una maldad clasista de viejas oligarcas y obviamente ociosas– le comentaba todo tipo de cosas a su amigo, quien, acaso asombrosamente, las anotaba con pulcritud. Más asombroso es que se hayan publicado. Todavía más es que se lean. Como sea, la fórmula que Bioy utiliza para abrir la narración de las veladas con su compinche de mínimas charlas de cajetillas aburridos es: "Borges hoy come en casa". O "Borges come en casa". O "Come Borges en casa". No sabemos si almuerza o cena. Ni lo sabremos, ya que es de mal gusto, de grasas y de negros peronistas, decir que alguien "almuerza" o "cena". La gente *comme il faut* "come". Algo similar a lo que ocurre con el "rojo" y el "colorado". Lo correcto es "colorado". Ha sido posible observar –desmintiendo esta modalidad– que cierta oligarquía no ha cesado de hablar del "trapo rojo" aludiendo a eso con que los "zurdos" pretenden reemplazar a la bandera de Belgrano. No hay nada como el odio para perder los modales.) A los peronistas nacional populares. A los que no fueron atrapados por eso que suele denominarse el "glamour de la oligarquía". Con todo, en esto los peronistas no han cedido demasiado terreno. Menem llenó su década de esplendor invitando a comer (o a "morfar") pizza con champán a sus más elegantes y rancios contertulios. Un peronista entrega a las clases dominantes el patrimonio nacional pero sigue citando a Jauretche. La izquierda ilustrada, en cambio, la izquierda –pongamos– "académica", compra los valores y los símbolos de la oligarquía como parte de su "conversión". La "socialdemocracia" de los ochenta, el alfonsinismo ilustrado incurrió en una incondicional adoración de Victoria Ocampo, Borges y Bioy, quienes fueron transformados en la cifra de nuestra cultura, el signo de su excelencia. He discurrido en otras ocasiones sobre estas modalidades de época.

Los dos abrazos exhiben la amplitud del peronismo. Esta "amplitud" ya había sido largamente ejercida y teorizada por el mismo Perón: "En el peronismo, en cuanto a ideología, tiene que haber de todo. Me dicen que Cooke era muy izquierdista. Pero también lo tuvimos a Remorino que era de derecha". El peronismo no es –entonces– una obstinación peronista. *Es una obstinación argentina*. Si la obstinación prosigue, si no se detiene, es porque todos la alimentan. Peronistas y no peronistas. No sólo los no peronistas que pactan con el peronismo o se le acercan en coyunturas en que "la patria lo reclama". Sino (y muy poderosamente) los antiperonistas. Estamos aquí ante un fenómeno marcadamente argentino. O sea, casi indescifrable: el peronismo ha sido una y muchas cosas más. Tal vez ya no sea nada. Tal vez la identidad peronista se haya disuelto en las borrascas de la historia que a partir de ella (de quienes reclamaban encarnarla) se han desatado. Lo que no desapareció es el antiperonismo. Es un argumento que usó cierta vez, en mi contra, el malogrado y querido historiador Fermín Chávez. Yo había escrito un texto demostrando que la identidad peronista ya no tenía existencia. Era tanto que era nada. El ser y la nada (en el primer capítulo de la *Lógica* de Hegel) se identifican, son intercambiables: cuando algo es el *todo* es la *nada* porque las cosas se definen por aquello que las diferencia de las otras. *El ser es diferencia*. Lo han dicho los postestructuralistas –basándose en el sistema de la lengua de Ferdinand de Saussure– y tienen razón. Todo elemento se refiere a otro del cual se diferencia. Una estructura es una totalidad de diferencias. Nada *es*. Todo ser es *diferencia*. Todo ser, en su ser, se refiere a otro. Seamos, ahora, precisos: si el peronismo es *todo*, cuál es su *diferencia*. Tiene que existir algo que *no sea* el peronismo para que el peronismo *sea* algo. Cuando propuse la fórmula: *El peronismo, al serlo todo, no es nada*, Fermín Chávez me refutó. Dijo: *Si el peronismo no es nada, si no tiene identidad, ¿cómo es posible que haya antiperonistas?* Perfecto: otra incógnita demoledora. Uno ya no sabe qué es el peronismo. O tiene que estar tres horas para explicárselo a alguien. Sobre todo a un extranjero. Pero antiperonistas hay por todas partes: sacan diarios prestigiosos, escriben concurridas columnas de opinión, publican libros, dan conferencias para empresarios, y hasta no faltan quienes se sienten "mártires" o "líderes" de la prensa libre agredidos por el "peronismo". Incluso defienden a la "república" o a las "instituciones" que el "peronismo" agrede. Algo que ocurre porque –dicen– el gobierno que durante estos días gobierna es... peronista. Sin embargo, ese gobierno ha reducido a una expresión mínima los símbolos clásicos del justicialismo, las fotos de Perón, las de Evita o la ineludible entonación entusiasta de la marcha partidaria. Que sigue teniendo frases tan improbables como "combatiendo al capital" en un mundo en que nadie lo combate en ninguna parte. O afirma que la "Argentina grande con que San Martín soñó es la realidad efectiva que debemos a Perón" cuando, en rigor, los "grasitas" de Evita y los "negritos" de Perón andan por las calles pidiendo limosna o acarreando cartones y el pueblo de la Capital Federal votó al hijo de un empresario (que si no es peronista lo puede ser en cualquier momento) para que los limpie del paisaje urbano, los arroje a la periferia y arrase con esa villa, la 31, de la cual salen delincuentes y drogadictos (o delincuentes drogados) para alterar la placidez de la metrópoli opulenta. En suma, los antiperonistas son más obstinados que los peronistas. Entre unos y otros dibujan esa modalidad del ánimo (una modalidad subjetiva) con que se presenta el peronismo en nuestra historia: la *obstinación*. Hagamos, pues, la pregunta: *¿qué es una obstinación?*

La relevancia de la pregunta surge –en una instancia inicial– porque forma parte del título de este ensayo, que llama al peronismo "una obstinación argentina". Después, se afirma en que nadie dudará acerca de la persistencia del fenómeno en nuestra historia: nace con el golpe militar del 4 de junio de 1943 y todavía sigue fuerte y una mujer que proviene del riñón de su historia, de una de sus facetas más tormentosas y castigadas (la izquierda de los '70), acaba de ganar unas elecciones que la llevarán a la presidencia del país. Ella no luce excesivamente peronista: dio un discurso plural el día en que ganó, se reunió con un periodista del diario del establishment (un hombre que siguió día a día el gobierno de Néstor Kirchner con una obsesividad digna de algún prestigioso diván de la ciudad de Buenos Aires, desbordante de neuróticos y de psicoanalistas neuróticos que debieran mejorar a esos neuróticos o, en su defecto, medicarlos bien, y de todos los días en que anduvo tras él, criticándolo, encarnando odios, creando opiniones adversas, asumiendo el estrellato de su diario venerable, hijo dilecto de la pampa húmeda y de la Sociedad Rural, custodio de Occidente, de los capitales transnacionales, del ALCA, y ahora, a diferencia de otros irritables momentos de su historia en que reclamó hechos que –por el momento– olvidaremos, custodio de las libertades, de las de prensa sobre todo, y de las instituciones, y custodio, muy privativamente, de esa acuosa, impalpable entidad a la que se llama "la República" y en cuyo nombre se han cometido por estos lares las más horrendas tropelías, este periodista, decía, pasará a la historia como "el fiscal del kirchnerismo" pero –conjetura uno– al costo de haberle dedicado cuatro años de su vida al líder de esa tendencia, Néstor Kirchner, y al costo de verlo hasta donde no estaba o de encontrarlo, inesperadamente, en sus pesadillas, y en las peores) y citó escasa o nulamente a Perón y a Evita. De hecho, la presidenta Cristina Fernández pareciera haber elaborado mejor su relación con el peronismo que muchos antiperonistas, dado que en gran medida y no asombrosamente el peronismo vive más en el odio o el desdén o la obsesión de los antiperonistas que en la adhesión de los peronistas. Ocurre (y veremos intensivamente este aspecto) que en la mayoría de los antiperonistas, cuando se llega al fondo de ellos, al abismo de su repulsa, priva el odio al *diferente* encarnado en la figura del *grasa*, del *pobre* o del *negro* o del *groncho*. Y sus actuales manifestaciones: el *piquetero*, el *villero*, el *pordiosero*, los *cartoneros* y los *chicos de la calle*. Que, con el mero trámite de lanzarse a limpiar el parabrisas de los automóviles, arrojan al odio a sus conductores, al desborde y a la frase que la mayoría de la clase media de los "centros urbanos" destina al *diferente* cuando busca solucionar el problema que plantean a la serenidad, a la placidez, a la pulcritud de la polis: *hay que matarlos a todos*. En resumen, el antiperonismo es una obstinación argentina y esa obstinación alimenta al peronismo tanto (y a veces más) como él se alimenta a sí mismo.

No obstante, la palabra *obstinación* pareciera cargar con una cuota excesiva de *subjetividad*. Si uno dice que el peronismo es una obstinación argentina está diciendo *otra cosa* que si dice: el peronismo es una *persistencia* argentina. Se puede hablar de la persistencia de los hechos. Hablar de la obstinación introduce una direccionalidad subjetiva en el análisis. Rechazamos toda idea de una continuidad en la historia. No hay un tiempo lineal, una temporalidad homogénea, no hay sentido ni sujeto interno de la historia. Estas son ya viejas discusiones y las hemos zanjado. (*Nota:* Hemos escrito en otro lugar: "No queremos una historia de la *continuidad*. Pero no queremos una historia de la exaltación del azar y lo discontinuo. *Porque es cierto: no hay una historia de la continuidad. Pero hay continuidades en la historia. Hay persistencias en la historia.* Las tenemos que rastrear. Las tenemos que develar. Esas persistencias deberán ser conquistadas entre las miríadas de sucesos que exaltan los foucaultianos, pero no bien las conquistemos deberemos establecerlas, no cosificarlas, pero tenerlas presentes para la praxis. *No hay acción política que no se establezca sobre el develamiento de una continuidad*", JPF, *La filosofía y el barro de la historia*, suplementos publicados en este diario entre junio de 2006 y mayo de 2007. El libro completo y revisado aparecerá en abril del año próximo editado por Editorial Planeta.) Con todo, hemos elegido la palabra "obstinación" (y trataremos de hacer de ella un concepto) y no la palabra "persistencia". Bien cierto es que el peronismo es una *persistencia* en nuestra historia. No lo es menos que establece continuidades. Pero nuestro propósito es deliberadamente *humanista*. La historia del peronismo es una historia hecha por los hombres. Bajo determinadas circunstancias, como pedía Marx. Pero nos resulta imposible no ver en la trama histórica del peronismo la acción de sujetos prácticos, de sujetos enfrentados, de sujetos constituidos por la historia y constituyentes de ella. Hay una sobredosis de humanismo histórico en el peronismo. De aquí que nuestra posición acerca de la *filosofía política* del movimiento habrá de recurrir (no solamente, desde luego) a las posiciones de Carl Schmmit. Este genial teórico alemán (cuyos compromisos con el nacionalsocialismo nadie ignora) se pregunta, en uno de sus trabajos esenciales, por el "concepto de lo político", busca la especificidad de las categorías políticas, aquellos elementos por los cuales son "políticas" y no otra cosa. Y escribe: "Pues bien, la distinción específica, aquella a la que pueden reconducirse todas las acciones y motivos políticos, es la distinción de *amigo y enemigo*" (Carl Schmitt, *El concepto de lo político*, Alianza, Madrid, 2002, p. 56. Debe consultarse también el excelente ensayo de Chantal Mouffe: *En torno a lo político*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2007. El libro es un derroche de lucidez, de inteligencia. Sin duda alguna, recurriremos a él no bien sea necesario.) Sobre esa *Distinción* esencial, que se expresa ya como contradicción o conflicto o antagonismo o guerra, elaboraremos nuestra *filosofía política* del peronismo. Pero buscaremos –en la distinción amigo y enemigo– la praxis que anima a cada uno de esos grupos. Los grupos están constituidos por sujetos. Los sujetos tienen subjetividades. Las subjetividades generan conceptos aptos para dar cuenta de ellas. Una *persistencia* de la historia nos revela algo que ocurre en la historia. Una *obstinación* (y soy consciente también del riesgo *poético* o *literario* de la palabra, que, a mí al menos, no me disgusta) nos revela algo más: algo que los hombres hacen. Los hechos no se obstinan. Los sujetos sí. Podríamos plantearlo de este modo: los *hechos concretos* de la filosofía política del peronismo expresan una persistencia histórica alimentada por una obstinación de los sujetos que la protagonizan.

Volveremos sobre el tema.

**PROXIMO DOMINGO**

**PRIMERA PARTE**
**Hacia el primer gobierno de Perón**
Las migraciones internas: Los "cabecitas negras" como sujeto político.